



por *Trinidad Noguera*

## La Ruta del Quijote

Nos adentramos en la Primavera. Dentro de poco volverán a abrir sus puertas los locales de copas nocturnas al aire libre, ésos que se caracterizan por su enorme éxito entre las clases más jóvenes y en los que el ruido y el alcohol extienden su legado. Volverá la noche manzanareña a llenarse de los ecos, bien templados y melodiosos, de la música «bacalao» y volverán muchos padres a perder el sueño y el resuello por las ausencias hasta el alba, y aun después, de sus hijos e ¡hijas!

Va siendo bien conocido el nuevo oficio paterno-materno de trasnochar y maldormir en casa esperando la hora de la convenida retirada de los lugares de marcha, para acudir al punto de encuentro con el coche y recoger a los «teenagers», que aún no ahítos de asueto y francachela, a regañadientes y entre quejas, aceptan con más o menos puntualidad la disciplina.

Este oficio se vinculaba hasta ahora a las grandes urbes, donde ya había alcanzado gran profusión y cotidianidad. Los intranquilos padres de las ciudades más pequeñas parecían estar rebajados de esta nueva servidumbre que los tiempos parecen empeñados en imponer.

Digo parecía porque no lo es: en Manzanares verbigracia, pueblo mediano que aún permite el desplazamiento a pie con relativa comodidad y que no hace obligatoria la tiranía del coche, la moda ya ha llegado.

Y es que en no demasiados años la actitud paterna ha descrito un movimiento de corte pendular. Bien puede decirse que se ha pasado de una relación familiar donde los adultos decidían -o ignoraban-, sin demasiadas contemplaciones, sobre los asuntos de sus hijos, a una dinámica que «de facto» le entrega el poder absoluto a la prole y pone a los progenitores a su servicio, en asuntos tan



peregrinos como el acarreo nocturno de recogida y depósito.

No es fácil valorar el acontecimiento. A los jóvenes les desagrade la generalización, que los adocenen; y es cierto que cada caso es único y antes de analizarlo es preciso conocer las circunstancias, entresijos o

lindeces.

Pero mientras tanto el fenómeno va cuajando y desde una apreciación «grosso modo» se nos antoja desmedido y exagerado. Es decir, no parece una política muy aconsejable la que bien pudiera surgir así:

Son las 12.30 de la noche en una casa cualquiera de Manzanares.

- Me voy.

- ¿A qué hora vas a volver?

- Pues a la que vuelve todo el mundo.

- No se te ocurra hacer como el viernes pasado. ¡Ni se te ocurra, que encuentras la puerta cerrada!

- ¿Qué quieres, que me venga yo sola desde... (nombre del garito de turno y moda)?

- Sabes que no podemos dormir hasta que llegas, que no estamos tranquilos hasta que te oímos de nuevo en casa.

- ¡Pues ya me contaréis!  
(Silencio tenso y premeditado)

- ¿Qué te parece si te vamos a esperar a las... (hora más bien intempestiva) en la esquina de... (lugar un tanto retirado del garito de turno y moda para que no la vean las amistades, pero próximo y discreto a la vez)?

- Pues no me gusta mucho la idea; pero si así os vais a quedar tranquilos...

Y así se empiezan unas relaciones pactadas desde la desigualdad, inciertas, con altibajos, en las que los servidores consentidores llevan indefectiblemente todas, pero que todas las de perder.

Lo de casi siempre. O tempora! O mores!